

Cuando la locura se inscribe (escribe) más allá de los cuerpos (I Parte): *Nanacinder 1954-1962*

Celiner Ascanio

Centro de Investigaciones Críticas y Socioculturales
de la Universidad Simón Bolívar (CICS-USB)
Correo electrónico: celiascanio@gmail.com

Resumen

El hospital psiquiátrico se presenta como espacio de reclusión y cerco físico para el cuerpo del loco. Allí, la locura es “encerrada” para que deje de ser amenaza en el exterior “normal”, normalizado. Sin embargo, como todo cerco, el psiquiátrico contiene, más allá del límite que lo define, una ambigüedad: esa en donde la locura ya no opera solo del lado unívoco de su binarismo —como antónimo de cordura— sino que, incluso dentro de esa misma relación (locura/cordura) se “respira” cierto aire de libertad. Si bien en el manicomio, el medicamento, la camisa de fuerza química, el encierro, el electroshock... constituyen los principales medios de control —junto con la vigilancia—, dentro del manicomio, la “laborterapia” se presenta como uno de los espacios libertarios desde donde el loco inscribe su enfermedad, es decir su otredad psíquica y social, mediante la creación literaria o artística. Ese espacio creativo en donde se inscribe y escribe la “enfermedad” representa un punto de fuga que tiene lugar en la creación de una revista editada, escrita y distribuida por los pacientes de la Colonia Psiquiátrica de Bárbula (Estado Carabobo, Venezuela), entre 1954 y 1962. Nos proponemos aquí realizar una lectura acerca del sentido de una revista en la que delirio y escritura constituyen una lógica que dio lugar a la creación.

Palabras clave: Escritura, locura, revista literaria, hospital psiquiátrico.

Abstract

The psychiatric hospital is presented as a place of imprisonment and physical siege for body of crazy. There, insanity is “locked” to stop being

threatened on the outside “normal” standard. However, like everything fence, psychiatric contains, beyond the limit that defines an ambiguity: that in which madness no longer operates only the univocal beside her like binary opposite of sanity but even within that same relationship (madness / sanity) will “breathe” air of freedom. While in the asylum, the medicine, the chemical straitjacket, confinement... are the main means of control —with vigilance— together within the asylum, the “work therapy” is presented as one of libertarian spaces where the mad fits his illness, that is their psychological and social otherness, by literary and artistic creation. That creative space where you register and writes the “disease” represents a vanishing point which takes place in creating an edited magazine, written and distributed by the patients of the psychiatric colony Bárbula (Carabobo, Venezuela) between 1954 and 1962. We propose here a reading about the meaning of a magazine in which delirium and writing constitute a logic that led to the creation.

Keywords: Writing, insanity, literary magazine, psychiatric hospital.

Después de todo, ¿qué se puede saber de la locura? ¿Cómo pensarla, si a ciencia cierta sabemos que ella, la locura, encarna el extravío, la errancia misma del pensamiento? ¿Qué discurso sería capaz de hacerse cargo, de dar cuenta fiel de la cosa irreductible que en la locura excede la posibilidad misma del discurso, quebrando la lógica de su sentido, atravesando los límites de la comunicabilidad con el tajante recorrido de su voz rota y sus murmullos?

Julio Ramos. *Testimonio y delirio: El infarto del alma de Diamela Eltit y Paz Errázuriz.*

Nuestro texto intenta dar cuenta de dos objetos a partir de su relación: la locura y la escritura. El lugar en donde se cruzan es un espacio en el que la locura recibe su nombre, y la escritura es un tratamiento: el hospital psiquiátrico. Contrario a lo anterior, no nos centraremos ni en la locura médica ni en la escritura como terapia, sino en un punto en el que su relación deviene una posibilidad: la

creación como espacio de subjetividad, más allá de los cuerpos. De manera que nuestro texto trata sobre la locura, pero ante todo sobre la escritura y sobre el espacio desde donde se produce.

1. La escritura: “en” y “fuera de” la lengua.

Cuando nos referimos a escritura hablamos de su función estética, pero también de ese lenguaje que se instala más allá de la palabra. Hablamos de la escritura como acto que se establece mediante el texto como cuerpo de palabras que contiene una forma, más allá de la convención lingüística. Una rearticulación del lenguaje que pretende, en vano, “hablar” de lo real. Nos referimos a la escritura que abre, en su fracasado intento por transcribir la realidad, la posibilidad de nombrar lo innombrable a través de un nuevo texto que ya no es totalmente lenguaje sino un código “otro” en el que se cuela la subjetividad de quien escribe, más allá del grafema, del morfema, de la sintaxis...

[L]a escritura es un lenguaje endurecido que vive sobre sí mismo y de ningún modo está encargado de confiar a su propia duración una sucesión móvil de aproximaciones, sino que por el contrario debe imponer en la unidad y la sombra de sus signos, la imagen de una palabra construida mucho antes de ser inventada (Barthes, 2003:26).

La escritura como lenguaje y también —sobre todo— como aquello que está más allá del lenguaje: *la pasión del lenguaje* (27), esa *zona de infra o de ultra-lenguaje* (27). La escritura como constitución de voces que parte de la realización de la lengua para devenir subjetividad escrita. Cuerpo de palabras que llega como eco de un afuera, y que se manifiesta a partir de una construcción dada por relaciones cuyo principio no es el significado sino el sentido. La escritura a la que nos referimos “recupera realmente la condición primera del arte clásico: la instrumentalización. Pero esta vez el instrumento formal ya no está al servicio de una ideología triunfante; es el modo de una nueva situación del escritor, es el modo de existir de un silencio” (Barthes, 2003: 80). Siendo punto neutro, la palabra en su valor instrumental opera como núcleo y a la vez como límite del lenguaje con el afuera. Por ello, en un sentido bajtiniano, la

escritura es polifónica. Está conformada por enunciados de una lengua que conecta con el afuera, y que es a la vez su límite. Y, en esta ambigüedad, recobra su noción de acto, más allá de la función estética y aun con ésta. Se trata entonces de la escritura como acto que da cuenta de la imposibilidad de inscripción de lo real en la palabra a través de su paradójico intento por nombrarlo.

2. Del delirio y la escritura

Cuando el lenguaje se vuelve únicamente imagen, cuando éste no conecta su voz con el afuera, queda el delirio. *De-lirare* es salirse del surco de la razón, sobrepasar el límite. “Se salió de sus cabales”, “no está en su sano juicio”. “Salirse de” es la imagen del delirio. Aún así, el delirio es también discurso. Discurso de la imagen sin la ilación de la palabra con el afuera:

Acto de creencia, acto de afirmación y de negación, discurso que sostiene la imagen y al mismo tiempo la trabaja, la ahueca, la distingue a lo largo de un razonamiento y la organiza alrededor de un segmento de lenguaje. No está loco el hombre que se imagina ser de vidrio, pues cualquiera en sueños, puede tener esta imagen; pero está loco si creyendo que es de vidrio, concluye que es frágil, que corre el riesgo de romperse, que no debe tocar ningún objeto resistente, y aun que debe permanecer inmóvil, etc. Estos razonamientos son de un loco; pero aún hay que notar que, en sí mismos, no son absurdos ni ilógicos. Por el contrario, las figuras más concluyentes de la lógica se encuentran correctamente aplicadas (...) Maravillosa lógica de los locos que parece burlarse de la de los lógicos puesto que se parece a ella hasta confundirse, o, antes bien, porque es exactamente la misma y que, en lo más secreto de la locura, en el fundamento de tantos errores, de tantos absurdos, de tantas palabras y de gestos sin sucesión, se descubre finalmente la perfección, profundamente escondida, de un discurso (Foucault, 1994: 363).

La extensa cita de Foucault nos habla de esa lógica del delirio que radica en el lenguaje. En una imagen de lenguaje que se mantiene solamente sobre sí misma sin encontrar extensión en el afuera. El discurso “imaginante” del delirio carece del principio que encuentra

lugar en el habla gracias a un referente conocido y aceptado por la lógica de la convención. En el delirio, es el referente lo que no existe, o mejor, la conexión de la palabra con el referente. A diferencia de la escritura como acto, esa que opera a través del lenguaje y de su límite y conexión con el afuera, en el delirio -también como acto- el lenguaje ya no opera fuera de su límite, sino en sí mismo, rechazando esa “zona de vecindad” que conecta con las voces, con la polifonía de la escritura.

Sin embargo, así como el delirio tiene como centro el discurso de la imagen, la escritura trabaja también con el delirio:

Lo que hace la literatura en la lengua es más manifiesto: como dice Proust, traza en ella precisamente una especie de lengua extranjera, que no es otra lengua, ni un habla regional recuperada, sino un devenir-otro de la lengua, una disminución de esa lengua mayor, un delirio que se impone, una línea mágica que escapa del sistema dominante (Deleuze, 1996: 8).

La literatura en acto, es decir, la escritura, no llega a serlo si no sale del surco de la lengua materna y regresa al espacio del lenguaje transformando su condición primera, su convención. La escritura es así límite y libertad y, es allí, en ese lugar, donde el afuera se hace posible, donde se puede dar forma a lo innombrable. De manera que lo que permite la escritura es el funcionamiento de una locura del lenguaje al que ya no se le interroga por su verdad.

La imposibilidad de nombrar lo real y a la vez su intento por nombrarlo constituyen el lugar en donde la imagen recobra el sentido que en el delirio se torna “organización abusiva”. La escritura es así límite y libertad del delirio:

El límite no está fuera del lenguaje, sino que es su afuera: se compone de visiones y de audiciones no lingüísticas, pero que sólo el lenguaje hace posibles (...). El delirio las inventa, como procesos que arrastran las palabras de un extremo a otro del universo. Pero cuando el delirio se torna estado clínico, las palabras ya no desembocan en nada, ya no se oye ni se ve nada a través de ellas, salvo una noche que ha perdido su historia, sus colores y sus cantos. La literatura es una salud (Deleuze, 1996: 9-10).

La relación locura-escritura se establece entonces a partir del delirio y del lenguaje, de la imposibilidad de una demarcación

definitiva o de una correspondencia exacta. Delirio y escritura como actos ya no separados sino en relación, funcionan como devenir que tiene lugar en el texto, en su organización discursiva, en su posibilidad de “entrar en” y “salir de” la lengua, en su capacidad de articularse y transformarse a través del lenguaje.

2. *Nanacinder*: La locura más allá de los cuerpos

Esa posibilidad de articulación que tiene lugar en el texto, se configura, en este caso, desde un espacio que se lee como punto de fuga al interior de las instituciones formales de la literatura y la psiquiatría. Punto de fuga porque si bien parte de estas instituciones, deviene en un artefacto cultural que reformula y transforma los discursos y porque no son solo sus producciones las que caracterizan el artefacto, sino también el funcionamiento de un “todo” en el que se visibiliza la imprescindible presencia de sus partes y en el que la diferencia se asume mediante un espacio común.

El todo se refiere a una revista: *Nanacinder. Vocero de la Colonia Psiquiátrica de Bárbula*, fundada en el hospital psiquiátrico, y editada y distribuida desde allí durante ocho años, desde 1954 hasta 1962. Sus partes la constituyen los textos de pacientes, médicos, enfermeros y trabajadores quienes rompiendo la jerarquía propia de todo hospital psiquiátrico, escribían en ella.

La revista con una marca que es también su caracterización: el nombre:

Las palabras viven cautivas de su significado en los diccionarios en que se hallan aparcadas. Pero *Nanacinder*



Fuente: Revista *La Tuna de Oro*.

fue un vocablo cimarrón. Lejos de todo redil académico, por un tiempo pudo estar escribiéndose (¿o galopando?) sin arnés que le pusiera sentido ni jinete que le diera dirección. *Nanacinder* fue una palabra libre. Se pensó que con una palabra libre se podría hacer un periódico libre. Con su nombre, inventado por un demente, se bautizó una revista que publicaron los pacientes de la Colonia Psiquiátrica de Bárbula (Solanes citado por Téllez, 2002:11).

También sobre el nombre, Pedro Téllez (2002), escribe:

El nombre fue propuesto por un paciente. Se escogió entre numerosos significantes. ¿Pero cuál es su significado real? Para el Dr. Araujo, es un medicamento, para el Dr. López Viedma es una razón social, para el Dr. Betancourt es un familiar cercano, para el Dr. Solanes significa una fruta tropical o una vitamina. Para el paciente A. Rangel es un amanecer, un zigzag para Palacios. Una mujer indígena para Calvetti, nombre de un barco, un volcán, aguardiente, un capricho ilógico, un país fantástico donde realidad y fantasía se funden, una enfermedad, una expresión artística, para otros pacientes. Un solo significante para múltiples significados (Téllez, 2002:9).

La multiplicidad de sentidos que adquiere el significante nos permite establecer una primera relación entre la palabra y el delirio. Un nombre originado a partir de una imagen delirante, un término que no existe dentro del léxico y cuyo significado no encuentra conexión con el afuera de la lengua, cobra sentido precisamente mediante la escritura del nombre de una revista muy particular. Y cobra sentido, porque con la revista se establece un espacio que permite conectar ese “discurso del delirio” con un referente real: su producción, publicación y recepción.

Pero el nombre es solo el inicio; *Nanacinder* no sólo fue una revista; también adquirió un sentido que trascendió la “objetualidad”: “[...] parecía ser la respiración de la Colonia [...] tiene vida propia y habla su propio



Fuente: Revista *La Tuna de Oro*.

lenguaje” (Dr. Álvarez citado por Solanes, 2002: 11). Un espacio de libertad surge aquí desde la lógica de la escritura para devenir artefacto cultural, y ya no solamente revista literaria, justo dentro del límite que es el hospital psiquiátrico como cerco que separa la locura de la cordura, lo “normal” de lo “anormal”. *Nanacinder* funciona entonces ya no solo como objeto, sino también como lugar en donde la forma —el lenguaje— y lo que está más allá de ésta —las historias de los locos— encuentran su lugar:

(I) Para comenzar esta obra apelo a las vibraciones divinas, mis compañeras inseparables en las horas tormentosas de mi locura, apelo a mi sistema nervioso, baluarte máximo de la lucha trabada entre consciente y el inconsciente; apelo a que mi consciente me inspire a mi inconsciente que me guíe y a mis dedos en conjunto con las uñas que tengan el suficiente poder para terminar esta obra, pues será para mí un eslabón en la cura total de mi enfermedad de psicópata.

(II) [E]sos átomos tan bellos que me están visitando aquí, esos átomos de Helio que están originando los rayos solares. Qué sería de la Tierra sin Sol, ¿ya lo pensaron?, esos son átomos y eso es la tela tejida por la Mano Divina, eso es algo tan sutil, que por solo pensarlo nada más, me meterían en un manicomio y me llamarían ¡loco, loco!... muchas veces, pero hoy digo: hermanos míos que son locuras divinas! Los rayos solares me dejan —figúrense que parece que quedo en tinieblas— imagínense las palabras que salieron mientras los rayos solares estaban batiendo de lleno en la máquina [...] a mí no me importaría que me llamasen loco millones de veces, siendo siempre así un loco inspirado por la Mente Còsmica. La Inspiración Divina permite que yo me pueda sanar y ser un hombre de sociedad como todos los hombres, porque el mundo en que vivo a pesar de ser verdaderamente fantástico es un mundo que todavía es prematuro pensar en él (A.S.M. 2002: 13).

La escritura como posibilidad trasciende el cuerpo del loco para conformarse en una voz que sigue marcada por un discurso, el del delirio, pero que no deja de ser por ello, voz más allá del cuerpo que encuentra en la escritura “su afuera”. El texto existe en su producción y en su recepción y en este sentido, esa voz que se encuentra en la *zona de infralenguaje*, más allá de la sintaxis, cobra valor de existencia. El

loco existe ya no solo como cuerpo sino también como subjetividad desde el lugar textual que registra su testimonio sobre la locura.

No se trata, en el caso de la revista, de un intento por escribir la imposibilidad de lo real a través del lenguaje (pienso en aquellos textos que, cuestionando la lógica de la escritura, muestran la huella de lo real en la desarticulación del lenguaje). Tampoco se trata del escritor de oficio que se debate entre el límite y el afuera de la lengua. Los textos de *Nanacinder* encuentran en la lógica de la escritura, la posibilidad de inscribir un testimonio que da cuenta de una vivencia delirante. Es el “loco” quien, más allá de su delirio, y justamente a partir de éste, intenta articular una subjetividad que, desde el discurso psiquiátrico, existe solo como cuerpo-objeto de la razón médica.

Hubo en *Nanacinder* una posibilidad, insistimos: la del delirio que se vuelve escritura mediante la inscripción de la voz de un sujeto autorial, que es también la articulación de la subjetividad de aquellos individuos que encontraron, dentro del cerco del manicomio, y más allá del discurso psiquiátrico, una voz en conexión con el afuera a través de la palabra escrita.

La ambigüedad de la última etapa de la revista: *La Nanacinder literaria*, da muestras de una relación locura-escritura que, precisamente por “devenir”, por ser un lugar indiferenciado en donde el delirio cobra la forma de un relato que puede ser recibido por otros, más allá de la soledad del loco, permite tocar ese “afuera” de la lengua, ya no solo desde el discurso de la imagen delirante como “organización abusiva”.

El contexto, el nombre y los textos que dan origen a la revista nos hablan de una producción que es en sí misma un espacio de articulación de lo que aparentemente pareciera ser inarticulable: la



Fuente: Revista *La Tuna de Oro*.

reunión de “normales” y “anormales” y “locos” que escriben más allá de su delirio y a partir de éste; todo ello dentro de un hospital psiquiátrico.

Notas

- ¹ Fuente: Téllez, Pedro (2005). *Historia de la Psiquiatría en Carabobo*. Universidad de Carabobo. Dirección de Medios y Publicaciones: Valencia, Venezuela, p.179.
- ² Fuente: *Revista La Tuna de Oro. Órgano de Cultura Universitaria*. Universidad de Carabobo. Dirección de Cultura, Departamento de Literatura. Enero-Marzo 2002, N° 39:15.
- ³ Fuente: Téllez, Pedro (2005). *Historia de la Psiquiatría en Carabobo*. Universidad de Carabobo. Dirección de Medios y Publicaciones: Valencia, Venezuela, p. 180.

Referencias Bibliográficas

- Bajtín, Mijail (1990) *Estética de la creación verbal*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Barthes, Roland (2003) *El grado cero de la escritura*. Argentina: Siglo XXI Editores.
- Deleuze, Gilles (1996) *Crítica y Clínica*. Barcelona, España: Editorial Anagrama.
- Foucault, Michel (1993) *Historia de la locura en la época clásica* (Tomos I y II). Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Molero, Neydalid (2006) *Identidades Corporales Alternativas*. Maracaibo: Universidad Católica Cecilio Acosta.
- Ramos, Julio (2012) *Sujetos al límite. Ensayos de cultura literaria y visual*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Téllez, Pedro (2002) “Nanacinder. Una fruta tropical” en *Revista La Tuna de Oro*. Departamento de Literatura de la Dirección de Cultura. Universidad de Carabobo. N° 39, enero-marzo, 2002.
- VVAA (1954-1962). *Nanacinder. Revista de la Colonia Psiquiátrica de Bárbula*. Naguanagua, Venezuela: Colonia Psiquiátrica de Bárbula

Fuente de las imágenes

Revista La Tuna de Oro. Órgano de Cultura Universitaria. Universidad de Carabobo. Dirección de Cultura, Departamento de Literatura. Enero-Marzo 2002, N° 39:15.